

EL RÍO MANZANARES EN LOS ESCRITORES DEL SIGLO DE ORO

Alfredo López Serrano

Ponencia en el curso: Patrimonio Arqueológico y Artístico en la Comunidad de Madrid
(II): El barroco madrileño.
Madrid, 20 de mayo de 2001

He aquí el río más barroco, pues todo el agua que veis es un trampantojo moderno, un engaño para que no desentone del postín de capital europea que ha venido a tener Madrid. Pero en aquellos tiempos ni todo el oro de aquel siglo conseguía disimular su pobreza acuática (que Dios no lo quiso navegable y no era menester contradecir al Señor), y además porque los patos por entonces no tenían el carácter de lujo no comestible que tienen hoy, por lo que los escritores lo cercaron y adornaron con sus coplas y chascarrillos como con piedras lo asfixiaban los arquitectos.

Algunos miembros de la generación del 27, admiradores de Góngora y el barroco español, hicieron su particular homenaje al río, vestido de actualidad:

“Y si te olvidan carrozas
o te desdeñan caballos
te consuelas exprimiendo
tus sueños canalizados”.

Alberti lo evoca en su fisonomía tradicional, antes de la canalización, lavado de cara que sobre él han hecho los Ayuntamientos de la democracia, y se ve reflejado, gaditano añorante de agua en un puerto tan seco como Madrid:

“¡Pobrecito río,
donde solamente botan
sus barquitas los chiquillos!”

Luis Vélez de Guevara, en el tránsito del siglo XVI al XVII, decía de él:

“El río Manzanares, que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él no teniendo agua, que solamente tiene regada la arena”.

Pero si bien era pobre en agua, fue muy rico en musas inspiradoras para los literatos y cantantes. Luisa de la Cruz cantaba en el entremés *La puente segoviana*,

“No es moneda que corre Mançanarillos,
pues que sólo de noche pasa por río”.

(Haciendo alusión a que las monedas falsas circulan con más facilidad por la noche).

Manuel de León Marchante, en pleno Siglo de Oro, alude también a esta imagen de falsedad:

“¡Un río de plata falsa,

que en el verano no vale
para dar una sed de agua!”

Sin embargo, predomina en general el tono hiperbólico y guasón, más propio de la chulapería castiza. De él se repite, por ejemplo, que es “el más merendado y cenado de cuantos ríos han en el mundo” o que es “rico en plantas de pies, pero de agua menguado y pobre”. El río se queja, en otros versos, del exceso de personal que circula a su alrededor:

“De tanta multitud quedó cansado,
de suerte que al agosto se retira,
tomando posesión el sol dorado
de las arenas que desiertas mira”

Incluso diplomáticos extranjeros como el embajador de Rodolfo II de Austria se atreven a la chanza. “El Manzanares es el mejor río del mundo –proclamaba-, pues es navegable a caballo”.

También hay una extensa literatura sobre los puentes del río, empezando por el puente de madera anterior a éste de piedra, al que Lope de Vega dedicó estos versos:

“La puente, a quien da nombre y señorío
la ciudad imperial, honor de España,
en madera gastada, al viejo río
sólo sirve de báculo de caña”.

Pero después, al construirse el puente de Toledo actual, el mismo Lope dice:

“Quítenme aquesta puente que me mata,
señores regidores de la villa:
miren que me he quebrado una costilla
que, aunque me viene grande, me maltrata”.

El mismo Lope, en otra ocasión, aconseja “la venta del puente para comprar agua”.

Alfonso Núñez de Castro, por esa misma época, dedica ingeniosos versos al Manzanares y a su puente:

“Tenéis una hermosa puente
con esperanzas de río”.

Y le dedica también estos comentarios: “Hay un río en Madrid para el recreo, sin el peligro; para los divertimentos, sin el riesgo... Los demás ríos tienen algunas barcas medio abandonadas a las ondas con cierto peligro. En el de Madrid, todos los coches y carrozas sirven de góndolas o de breves edificios portátiles, gustoso recuerdo de las delicias de Venecia...”

Algo debe tener este río que invita tanto a la meditación o a la broma. Lope de Vega reflexiona frente al Manzanares sobre la condición social en la España del barroco en su obra *La Villana de Getafe*:

“Nace de pequeña fuente
el humilde Manzanares,

llega el verano sediento,
las secas arenas lame.
Tal yo, de humildes principios
quise al cielo levantarme
de un caballero que tiene
los suyos tan desiguales...
pero en vano corre el que sin dicha nace”.

Debe de ser por su condición de madrileño, inteligentemente representada en el oso que *quiere y no puede* alcanzar su madroño (en comentario mordaz de un inmigrante canario llamado Pérez Galdós), que el río tenga puentes desproporcionados, suficientes para que pasen *emetreintas* y Amazonas si hiciera falta. Por imposible que parezca, el río tenía en el siglo XVII alguna que otra crecida, *Do* de pecho en falsete, como la que recuerda Góngora frente al puente de Segovia:

“Duélete de esta puente, Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media fuente,
y que ella es puente para treinta mares.
Hoy, arrogante, te ha brotado a pares
humildes crestas tu soberbia frente,
y ayer me dijo humilde tu corriente
que eran en marzo las caniculares.
Por el alma de aquel que ha pretendido
con cuatro dracmas de agua de achicoria
purgar la villa y darte lo purgado.
Medí cómo has menguado y has crecido,
cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria.
-Bebíome un asno ayer y hoy me ha meado”.

También son de Góngora estos proféticos y diuréticos versos:

“Señora doña Puente Segoviana,
cuyos ojos están llorando arena:
si es por el río, muy enhorabuena,
aunque estás para viuda muy galana.
De estrangurria murió; no hay castellana
lavandera que no llore de pena
y Fulano Sotillo se condena
de olmos negros a loba luterana.
Bien es verdad que dicen los doctores
que los orines dan salud al río.
Te causan paroxismos los calores;
que a los principios de diciembre frío
de sus mulas harán estos señores
que los orines den salud al río”.

Y el mismo don Luis continúa con sus sátiras, en este caso ennobleciendo al río con el siguiente poema:

“Manzanares, Manzanares,
ves que en todo el acuatismo
duque sois de los arroyos
y vizconde de los ríos,
soberbio corréis, mi pluma,
mercóles este corvillo
de polvo canicular
en que os veréis convertido.
Bien es verdad que os harán
marqués de Poza en estío
los que entrando a veros sucios,
saldrán de veros no limpios.
Enano sois de una puente,
que pudierais ser marido,
si al besalla en los tres ojos
la llegareis al tobillo.
Al tobillo, mucho dije:
a la planta apenas digo,
y eso no siempre, descuida,
porque calzada ha vivido”.

Sobre (o bajo) el puente de Segovia fluyen los versos de Lope de Vega, replicando los de Núñez de Castro:

“Y aunque un arroyo sin brío
os lava el pie diligente,
tenéis un hermoso puente
con esperanzas de río”

Al contemplar el puente, en *La Gitanilla*, Cervantes se pregunta: “¿Cómo el humilde Manzanares ha podido producir una maravilla tal?”

De nuevo Lope de Vega alude al puente de Segovia:

“Madrid que humilde Manzanares baña,...
Baja de una alta sierra con tal brío,
de fuente original, que no de nieve,
que le faltan las fuerzas al estío,
y él mismo, con la sed, sus aguas bebe;
o ellas se bajan a su centro frío,
donde el arena hasta el humor embebe,
o el sol que su dulzura considera
las sube con sus rayos a su esfera...
La puente, con soberbio señorío,
se siente ociosa en arcos bien labrados
con intención de pretender un río
abriendo montes y rompiendo prados”.

Otros versos anónimos figuraban inscritos antiguamente en el puente de Toledo:

“Ya que os traen tus pesares,
a que esta insigne puente
veas la humilde corriente
del enano Manzanares,
que por arenales rojos
corre y se deja correr,
que en tal puente venga a ser
lágrimas de tantos ojos”.

Quevedo también puso su granito de “arena”:

“¿Qué pudo sucederme en este río
-se refiere, claro, al sediento Manzanares-
que no se harta de agua en el invierno,
y aún no lava sus pies en el estío?”

Don Francisco será el escritor que produzca los versos más famosos sobre el susodicho:

“Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río,
practicante de Jarama,
buena pesca de maridos.

.....
Muy hético de corriente,
muy angosto y muy roído,
con dos charcos por muletas,
en pie se levantó y dijo:
Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.
Yo soy el río avariento
que en estos infiernos frito,
una gota de agua sola
para remojar me pido”.

Y sigue Quevedo:

“Estos, pues, andrajos de
que en las arenas mendigo,
a poder de candelillas
con trabajo los orino”

o también:

“Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna, que lleva
con todo su argamandijo.

Pide a la fuente del Ángel,
como en el infierno el rico,
que con una gota de agua
a su rescoldo dé alivio.

.....
Al revés de los gotosos
ya no se muere estantío,
pues de no gota es el mal
del que le vemos tullido”.

Por último, del mismo Quevedo:

“Llorando está Manzanares,
al instante que lo digo,
por los ojos de ese puente,
pocas hebras, hilo a hilo.
Cuando por ojos de agujas
pudiera enhebrar lo mismo,
como arrojo vergonzante,
vocablo sin ejercicio”.

No es de extrañar que Baltasar Gracián, tal vez contemplando el espectáculo de la presencia de tantos madrileños ante el agónico río dijera de uno que “estaba esperando acabase de correr el río para poder pasar sin mojarse”.

Salvador Jacinto Polo, seguidor de Quevedo, le dedica esta estrofa:

“Al río que es en Madrid
el Valle de Josafat:
Manzanares; aquel río
cuyas corrientes están
tan sin carnes, que parece
esqueleto de cristal”

Tanta tinta satírica corrió sobre el río que Juan P. Forner, ya en el siglo XVIII, aprecia el contraste entre el poder sobre los mares de Madrid y la escasez de sus aguas dulces:

“Esta es la villa, Coridón famoso,
que bañada del breve Manzanares
leyes impone a los soberbios mares.

...
¡Y fueron para otros ríos
los delicados cantares!
¡Y para ti, los desvíos
y pesares!”

Por esas fechas fray Diego González habla de los “andrajos de agua que en las arenas mendiga” y alaba las “virtudes singulares” del río en estos pareados:

“dote que fue debido justamente
a la estrecha corriente,
que nunca en lo crecido y abundoso
cifró Naturaleza lo precioso”.

Pero volviendo al Siglo de Oro, Gabriel Téllez, Tirso de Molina, también le dedica un largo romance:

“Fuérame yo por la puente,
que lo es, sin encantamiento,
en diciembre, de Madrid,
y en agosto, de Ríoseco.
La que haciéndose ojos toda,
por ver su amante pigmeo,
se queja del porque, ingrato,
le da con arena en ellos.
La que a la vez que se asoma
a mirar su rostro bello,
es, a fuer de dama pobre,
en sólo un casco despejo.
La petrina de jubón
que, estando de ojetes lleno,
cual pícaro, no trae más
que una cinta en los gregüescos.
Por esa puente de anillo
pasé un disanto, en efecto,
aunque pudiera a pie enjuto
vadear su mar bermejo.
Ríeme de ser su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular,
no sé si le dije aquesto:
-No os corráis, el Manzanares;
mas ¿cómo podéis correrros,
si llegáis tan despejado
y de gota andáis enfermo?
Según arenas criáis,
y estáis ya caduco y viejo,
moriréis de mal de orina,
como no os remedie el cielo.
Y en fe de aquesta verdad,
azadones veraniegos,
abriendo en vos sepulturas,
pronostican vuestro entierro.
Postulando vais vuestra agua,
y por esta causa creo
que con Jarama intentó
Felipo daros comento.
No lo ejecutó por ser

en daño de tantos pueblos;
más, como os vio tan quebrado,
de piedra os puso el braguero”.

Pero si el símil médico no fuera suficiente, Tirso de Molina se vale del educativo y del cortesano para continuar sus chanzas hacia el río:

“Título de venerable
merecéis, aunque pequeño,
pues no es bien, viéndoos tan calvo,
que os perdamos el respeto.
Como Alcalá y Salamanca
tenéis, y no sois colegio,
vacaciones en verano
y curso sólo en invierno.
Mas, como estudiante flojo,
por andaros con floreos,
del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos.
Pero dejando las burlas,
hablemos un rato en seso,
si no es ya que os tienen loco
sequedades del cerebro.
¿Cómo decid, Manzanares,
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta corte
y en Palacio lisonjero?
Un siglo y más ha que andáis
hipócrita y macilento,
saliendo al paso a los reyes
que tienen el gusto de veros.
Alegar podéis servicios;
díganlo los que habéis hecho
en esa Casa de Campo,
sus laberintos y enredos.
Su Troya burlesca os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su artificio envidie
los del Tajo y su Juanelo.
En azafates de mayo
presentáis a vuestro dueño
flores pacayas, que en frutas
convierte después el tiempo.
¿Qué es la causa, pues, mi río,
que tantos años sirviendo,
no os den siquiera un estado
que os pague en agua alimentos?
Filipo os quiso hacer grande
después de haberos cubierto
delante de él con la puente,

y él mismo os puso el sombrero.
Pedidle al Cuatro mercedes,
que otros han servido menos
y goza ya más estados
que cuatro pozos manchegos.
No soy -diréis- ambicioso;
mas, a fe, aunque os lo confieso,
que andáis siempre murmurando,
por más que os llamen risueño.
Ánimo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro;
y pues rondáis a Palacio,
entraos una noche dentro.
Fuente tenéis que imitar,
que han ganado con sus cuerpos,
como damas cortesanas,
sitios en Madrid soberbios.
Adornadas de oro y piedras,
visitan plazas y templos,
y ya son dos escribanas;
que aquí hasta el agua anda en pleitos.
No sé yo por qué se entonan,
que no ha mucho que se vieron
por las calles de Madrid
a la vergüenza en jumentos”.

Zabaleta, en pleno siglo XVII, habla de este “río con mal de piedra que humedece la tierra, como si la señalase con el dedo mojado en saliva”, que “el caudal de sus aguas procede de las lágrimas que lloran los ojos de sus puentes al verse sobre seco” o que “las bolas que decoran la Puente Segoviana significan que la puente y el río son pura bola”.

Después, cuando Goya lo eligió como fondo para sus pinturas y para su retiro, se le siguieron dedicando piropos: Antonio Flores lo llama “río homeopático”, pero no tan medicinales suenan estos versos:

“Que soy arroyo insolente,
que a mi se me pone turbio
y más blanco que la leche
con dos libras de jabón
y dos copas de aguardiente”

y Ventura de la Vega hace de nuevo referencia al vino aguado de las merendolas de sus orillas, al tiempo que encuentra una explicación a su poco caudal:

“y a quien hizo el que dos puentes
enormes le puso encima,
que dos sarcasmos de piedra
tuviera siempre a la vista...”

Aunque el flaco Manzanares
apenas en su corriente
lleve el agua necesaria
para apagar cuatro sedes,
dicen que tuvo en sus días
más caudal que arenas tiene,
y que si hoy, mísero y pobre,
hunde en el polvo su frente,
fue porque los taberneros
lo han ido dejando asperges
a puro adobar cuartillos
del tinto de Arganda y Yepes.
Mas, para probar que en todo
mintió la poesía siempre,
no hay más que ver, asomado
a la segoviana puente,
que de sed mueren los olmos
que sus orillas guarnecen,
que él mismo, al agua extraño,
pide paraguas si llueve...”

Ramón Gómez de la Serna, ya en la Edad de Plata de las letras españolas dice: “El ancho cauce de este río tiene alegría remolona y convida con apetito a la merienda, para la que no ofrecen la bastante agua si no se ha traído vino, apartando de la alegría la tentación perniciosa de la demasiada agua. El objeto de los puentes que tiene es el de servirle de brazaletes o de ajorcas, objeto de adorno y apenas de utilidad... El paseo por la orilla del Manzanares es un paseo prudente que no impregna de esa melancolía, ese pavor y ese trascendentalismo de que nos sentimos humedecidos al pasar ante otros ríos más caudalosos. El `nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir’, no se nos puede ocurrir frente al Manzanares, que parece que se queda en la vida y que es inverosímil que vaya a parar al mar, remolón, lento, de vida muy larga, siendo sus últimas aguas esas que se quedan quietas y estáticas en la desembocadura del Tajo. Yo, en Lisboa, asomado al pretil sobre el gran lago del Tajo, me he sentido en presencia de las aguas pandas y serenas del Manzanares”.

A pesar del ruido circundante en la mayoría de sus tramos, existe aún un Manzanares bellissimo, río arriba, contemplado casi sólo por los corzos del bosque de El Pardo, y un río popular y relativamente tranquilo del Paseo de la Florida, muy merendado y cenado en verano, cuando sus leves rumores se confunden con los de los pocos mosquitos salvados de la fumigación. Entonces es cuando el río se pone más filosófico. Heráclito, padre de la dialéctica, parece que pensaba en el Manzanares cuando dijo: “Nadie se puede bañar dos veces en el mismo río”. Pero no lo tuvo en cuenta en su “todo fluye”, frase célebre a él atribuida. Por lo que encontramos que el Manzanares sigue siendo un pozo sin fondo para pescar paradojas en él o al menos profundísimo en lo tocante a la filosofía, y es que nuevamente las grandes esencias se muestran en tarros pequeños.

BIBLIOGRAFÍA (con perdón)

Bravo Morata, F. (1984): *Los nombres de las calles de Madrid*. Madrid, Fenicia.

Carandell, L. (1994): *Madrid*. Madrid, Alianza.

Flores García, F. (S/f): *La Corte del Rey-Poeta. Recuerdos del Siglo de Oro*. Madrid, Ruiz Hos.

Gómez de la Serna, R. (1988): *Elucidario de Madrid*. Madrid, Ayuso.

Mesonero Romanos, R. (1984): *Mis ratos perdidos o ligero bosquejo de Madrid*. Madrid, Méndez.

Repide, P. de (1972): *Las Calles de Madrid*. Madrid, Aguado.

Tomé Bona, J.M. (1990): *Nuevos paseos por el viejo Madrid*. Madrid, El Avapiés.